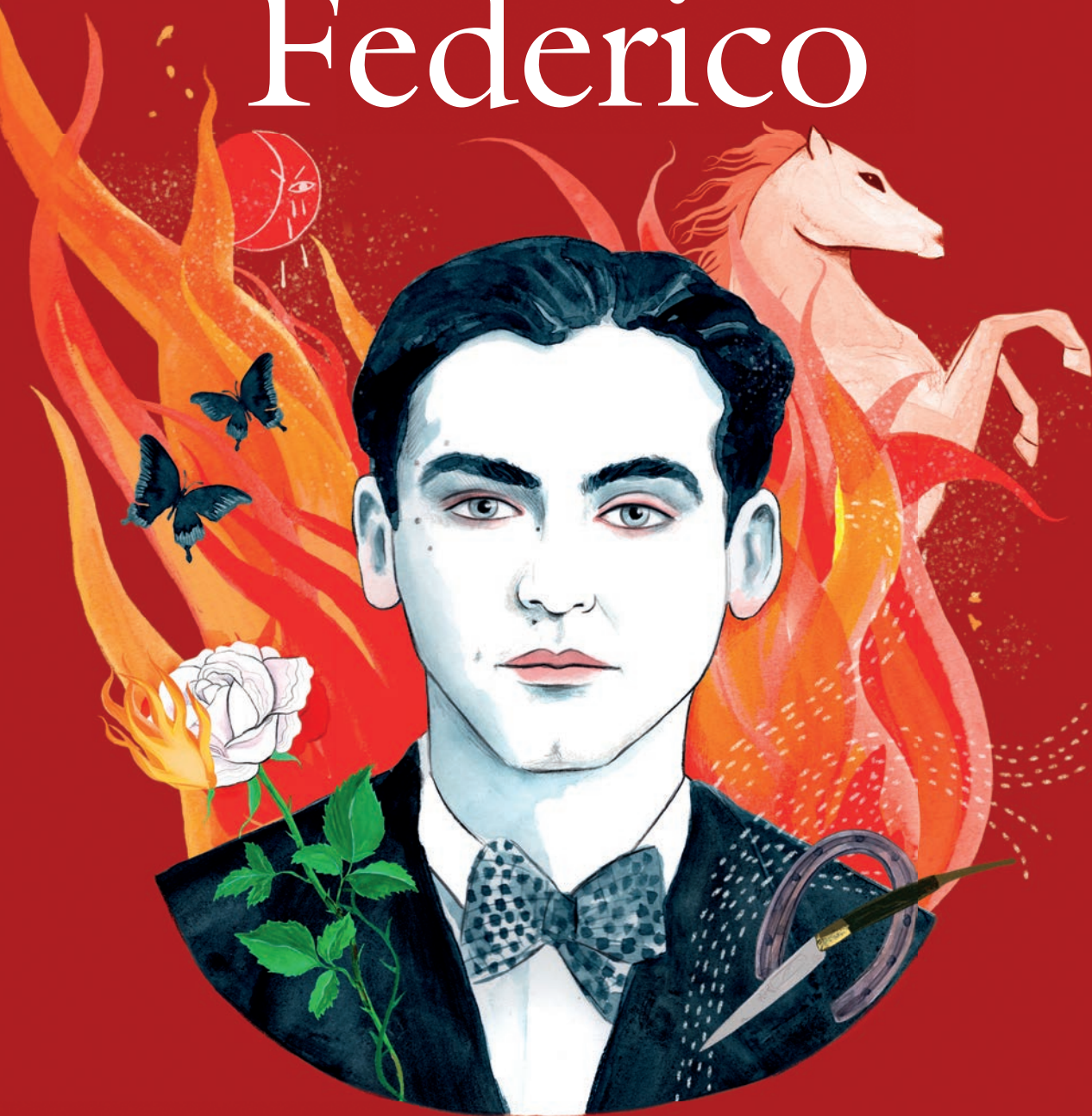


Los hombres de Federico



Ana Bernal-Triviño

Lady Desidia

Los hombres de
Federico

Ana Bernal-Triviño

Lady Desidia

A la Huerta de San Vicente, por devolverme a Federico.

A. B.

A mis amigas, que clavan estrellas en la noche.

L. D.

© de los textos, Ana Bernal-Triviño, 2022

© de las ilustraciones, Lady Desidia, 2022

© Editorial Planeta, S.A., 2022

Lunwerg es un sello editorial de Editorial Planeta, S.A.

Avenida Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 17 – 28027 Madrid

lunwerg@lunwerg.com

www.lunwerg.com

www.instagram.com/lunwerg

www.facebook.com/lunwerg

www.twitter.com/LunwergLibros

Primera edición: octubre de 2022

ISBN: 978-84-18820-86-1

Depósito legal: B. 11.388-2022

Imprime: Macrolibros

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.



ÍNDICE

La rosa roja	7
La rosa rosa	51
La rosa blanca	97
La rosa sin pétalo	151
Mañana del 18 de agosto	221
Agradecimientos	222
Las autoras	224



LA ROSA ROJA

— 1 —

Una pequeña gota de sangre sobresalía del dedo de Rosita. Acababa de pincharse con una espina, tras depositar la rosa mutabile roja en el jarrón del comedor de la Huerta de San Vicente, como hacía justo un año. A su lado, observó la navaja plateada que Zapatera le había prestado para cortar un poco el tallo de la flor. Aún a unos centímetros de ella, le daba miedo tener el arma tan cerca. Rememoró la voz de su tía, quien siempre le advertía que un cuchillo podría cortar el pan del hambriento, pero también acabar con la vida de alguien. La plegó con cuidado y la dejó en la mesa del comedor. Regresó a la rosa, se detuvo en la intensidad del tono de los pétalos, en aquel aspecto aterciopelado y evocó cómo había cambiado todo desde entonces.

El día se intuía pesado y plomizo. Tras una madrugada fría, una calidez templada comenzaba a alzarse. Dedujo que quizás el intenso calor de días atrás, mezclado con el polvo en suspensión, había provocado aquella sensación. También había un cambio más, en comparación con aquella mañana en la que ella llegó sola a la Huerta. Ahora estaba acompañada. Sentía que Zapatera y Belisa eran sus hermanas. Fueron las primeras en poner allí un pie y en responder a su carta, y hoy, de nuevo, eran las primeras en acompañarla.

La Zapatera la distrajo de aquel recuerdo. No dejaba de moverse de arriba abajo asomándose a la ventana del comedor, inquieta, mientras agitaba su falda verde y arrojaba fuera todos sus nervios.





—Yo voy a salir ya, ¿eh? —espetó, mirando con el rabillo de un ojo a Rosita y volviendo rápido la vista al exterior—. Parece mentira que no escucharas el relincho de un caballo ahí fuera cuando hemos entrado de noche en la casa.

—Belisa ha dicho que tampoco oyó nada —respondió Rosita con poca atención, mientras aún chupaba la sangre de su dedo, incómoda por el pinchazo de la espina.

—Habéis perdido el oído, está claro. Mira —lanzó, soltando con fuerza el tejido de su falda—, lo mismo me da. Yo salgo ya ahí fuera. Y si salgo sola, pues voy sola.

—Si te digo que no salgas, no lo harás...

—Por supuesto que lo haré, Rosa. Yo me pongo el mundo por montera pase lo que pase.

La Zapatera caminó apresurada hacia la puerta verde e intentó abrirla, aunque se le resistía. Se negaba a aceptar que aquello fuera una señal del destino. La zarandeo un poco hasta que lo consiguió. Se remangó la falda y salió al exterior muy dispuesta. Desde el comedor, Rosita no la perdía de vista. Observó cómo se adentró entre la vegetación, rodeada de una bruma que dejaba pasar los rayos de sol, y desapareció. Era cierto que ella no había escuchado nada, pero también notaba una sensación diferente a la vez anterior. El principal motivo para estar allí, además de ese reencuentro que se prometieron cada año, era que todas estaban avisadas de que la Novia les tenía que dar una sorpresa. Y aún se preguntaba qué podía ser. A veces, cuando rememoraba aquella noche, sentía una cierta nostalgia porque Novia hubiese vivido un amor que ella nunca experimentó. Es más, en estos meses pensó en su primo en varias ocasiones. En concreto, en si aquella carta de despedida que ella arrojó a la caldera de la Conjuradora habría llegado a su destino y él habría sido consciente de sus palabras. Pero no quería confesar aquella idea. Se había prometido ser una mujer nueva que no mostrara ningún lamento de su pasado. A los pocos segundos, el cuerpo de Zapatera volvió a brotar

entre los árboles y se acercó apresurada al umbral de la casa, gritando los nombres de Belisa y Rosita una y otra vez.

—¿Qué pasa? —respondió Belisa con fuerza, mientras se asomaba al balcón de Federico.

—¿Pero tú qué haces ahí arriba, granuja? —respondió Zapatera desde el umbral, levantando la cabeza para ver a Belisa—. Dijimos que no iríamos al cuarto de Federico, que eso es sagrado, y tú te has *planta*o ahí directa. Vente *pa'bajo* ahora mismo. Y Rosita, acompáñame. Lo vais a ver con vuestros propios ojos.

Las dos obedecieron sus órdenes. Rosita acudió hasta el umbral mientras se escuchaban las pisadas suaves de Belisa descender por la escalera, casi de puntillas. Juntas caminaron tras Zapatera, que las llevó a unos metros de allí, donde el jardín comenzaba a ser más espeso. Cuando se paró, por si la bruma impedía verlo, marcó el suelo con la punta del pie y señaló la tierra. Las dos jóvenes comprobaron que Zapatera llevaba razón. Las huellas de un equino estaban allí pero, también, una herradura muy deteriorada.

—No la toques, déjala ahí —advirtió Rosita.

Zapatera, que se quedó en el intento, dio un paso hacia atrás.

—Puede ser que ahora haya por esta zona algún caballo suelto, ¿no? —cuestionó Belisa, intentando dar un argumento que tranquilizara a todas.

—Sí, muchacha, en mitad de la ciudad, a las seis de la mañana viene aquí un caballo, a lo mejor, para darnos los buenos días —respondió fresca, la Zapatera—. Yo noto que hay algo diferente. Ni el sol calienta como en un agosto normal, ni este aire es de verano. Está turbio, más pesado. Y mira esta tierra. Vosotras no sois de campo, pero yo os digo que esto ya no es lo que era. —Cogió un puñado entre sus manos mientras lo dejaba caer en forma de polvo—. Esta tierra ha pasado de ser amarilla a ser casi rojiza.



Belisa optó por guardar silencio y miró a Rosita, quien también tenía sobre sí los ojos de Zapatera, que se sacudía las manos del polvo. Rosita no podía negarlo. Ella tenía una intuición extraña. Recordaba que hacía un año llegó con unos nervios agarrados al estómago pero con un sentimiento de esperanza. Ahora mismo no podía negar que el entorno despedía una sensación inquietante pero, de inmediato, quiso apartar esa incertidumbre de encima.

—¿Y esa sangre tuya, Rosita? —preguntó asustada Belisa cuando comprobó que una gota de sangre absorbida por la tierra procedía de la mano de su compañera.

—Me pinché con la rosa. No os preocupéis por mí y centrémonos en lo importante —sostuvo mientras apretaba la herida sangrante con un pañuelo que extrajo de su manga—. No tengamos miedo. Vamos a relajarnos, a disfrutar del momento. Recordad que ese fue siempre el mensaje de Federico. Lo que pase pasará. Y si pasa algo, estamos todas juntas.

Las tres regresaron a la casa calladas, con el sonido de unos cuantos pájaros que se escondían entre las copas y el arrastre de sus pies en aquella tierra seca y rojiparda. Aunque guardaban silencio, en su interior permanecían dudas que no manifestaban para no aumentar la tensión. Entraron a la vivienda y Zapatera cerró la puerta con fuerza. Ante las miradas de Belisa y Rosita, justificó que era demasiado temprano y ellas demasiado pocas como para dejarla abierta, como antaño. Seguras de ello, se encaminaron hacia el comedor. Zapatera se ponía nerviosa con aquel mutismo que sus compañeras traían desde el hallazgo.

—Bueno, rompamos este silencio, que parece esto un entierro. No demos más vueltas al tema.



—Eso es, os lo he dicho —matizó Rosita—. Estamos aquí por varias razones. Dijimos que quedaríamos cada año en vernos y...

—Y Novia nos ha dicho que tiene que darnos una noticia importante esta vez. ¿No se habrá casado con Leonardo sin invitarnos, no? —cuestionó Belisa—. Yo tengo curiosidad por verlo. Debe ser imponente, un león, tal y como ella lo describe.

—¡Un semental, amiga! Cuando habla de él parece que quiebra la tierra a su paso. Eso sí, muy mal estaría por su parte si no nos hubiese invitado —reprochó Zapatera.

—Yo tengo ganas de ver a todas de nuevo... —confesó Rosita.

—¿A Bernarda también?

Rosita miró con reprobación y una sonrisa final a Zapatera, quien explotó en una carcajada, aunque se apresuró a comentar mientras miraba por el cristal de la ventana para asegurarse:

—A ver si me pillas Bernarda hablando de ella, y empezamos con mal pie.

—¿Pero crees que volverá a venir? —cuestionó Belisa.

—Si acuden las hijas, por supuesto. Además, venir aquí nos da vidilla a todas. ¡Quién podría faltar! —zanjó Zapatera—. Bueno, doña Rosita, ¿no nos va a comentar nada de su nueva vida?

La joven sonrió más profundamente ante aquel cambio de tono mayestático y se sentó en una silla, mientras Zapatera y Belisa lo hicieron en el suelo, a sus pies, dispuestas a escucharla. Rosita se abrió de par en par en todo lo que pudo, porque aún había una parte de ella que no quería compartir. Pero era cierto que ya no tenía temor de expresar todo lo que sentía sobre su pasado. Era una mujer más fuerte, decidida y segura de cómo tenía que vivir de ahora en adelante. Zapatera la contemplaba embelesada, orgullosa de ver ese aprendizaje. Belisa la miraba con admiración, pero pronto las palabras de Rosita bajaron de intensidad en su mente. No podía dejar de recordar su paso por el dormitorio de Federico. Rosita se percató de que el semblante de Belisa había cambiado y le cuestionó si pasaba algo. Ella negó, evitando que sus ojos desvelasen lo que había visto en aquella habitación.

